dinero, ella tomaba bonitamente todo lo que le parecia en el domicilio comun.

No contenta con eso, se apoderó de unos antecojos dobles, se apoderó tambien....de todo lo que dinero valia, y bonitamente lo llevaba al monte de piedad.

Aunque Alfonsina era la hija del diablo, no habia razon por esto para que se dejara robar; al contrario, Alfonsina elevó su queja y el tribunal condenó á Antonia Chevalier á seis meses de prision.

Y vos, jóven testigo, que os sirva esto de leccion y no recibais en vuestra casa mujeres....no siempre se sabe á quien patrocina uno, y solo al talento es á quien debe hospedarse.

LA VIUDA PAPILLON Y EL IDIOTA.

La viuda Papillon tenia dos cosas de mas. La una sobre la cara y la otra sobre la conciencia; la primera eran unas barbas como un zapador, y la segunda una inclinacion de un cosaco, pues habia cometido un doble robo á un vecino, á un pobre viejo idiota que no habia tenido mas falta que dejar su puerta un poco mas abierta que su juicio.

A semejante acusacion la viuda Papillon no hacia mas que arrumacos, bajó los ojos y se propuso hacer una confesion que tanto cuesta á una mujer, pero la hizo al fin. De semejante aclaracion, sacó la consecuencia, de que el relox de plata y el chaleco de lana que se le acusaba haber robado, llegaron á sus manos por la trasmision mas honrosa y mas natural, pues ambas prendas las recibió del idiota con el mismo título que Cloé recibia los ramilletes de flores de Dafnis.

Pero Dafnis tiene un hermano, un hermano que no es pastor, sino portero, y portero de la casa donde vivia su hermano y la viuda Papillon, y por consiguiente citado como testigo á quien se le interrogó.

Presidente.—¿Llegó á vuestro conocimiento el que su hermano haya regalado á la acusada un relox y un chaleco de lana?

Portero.—Ya os convencereis, señor, de que mi hermano que no tiene calor, no daria su chaleco de lana en el corazon del invierno; es verdad que es una bestia; pero sabe distinguir muy bien el invierno del estio.

Presidente.—¿Y el relox?

Portero.—Vos no sabeis, que ha faltado muy poco para que mi hermano cayese muerto al advertir que no estaba el relox en su clavo. Hace cuarenta y cinco años que no posee mas alhaja que esta, y con gusto daria todas las mujeres de la calle Quimcampoix por su relox.

Presidente.—Así es ¿que vos, no dais crédito á las relaciones que la acusada pretende haber tenido con vuestro hermano?

Portero.—Yo no creo en ningunas relaciones de mi hermano con quien no le importa, y levanto mi mano. Figuraos, que una sola vez en su vida, en el año de 1818, encontramos una proporcion soberbia para casarlo; pero cuando supo á su regreso de lo que se trataba, volvió á partir á la pesca y estuvo tres dias sin comer ni beber. Al cuarto lo encontré en S. Ouen con dos pescados, y no hubiera vuelto, si no le hubiese dado mi palabra, de no hablarle jamas de matrimonio.

La viuda papillon, con tono muy modesto.—Un hombre varia de ideas con el tiempo, y mas cuando llega á cierta edad.

Portero.—Madama, yo os respeto, y acaso tendreis mucho talento; pero para desimpresionar á mi hermano de sus ideas habituales, ni vos, ni ninguna mujer en el mundo es capaz de conseguirlo.

Hicieron acercar al idiota, y el presidente hizo esfuerzos para hacerle comprender el sistema de defensa que habia adoptado la acusada.

El pobre hombre, por lo pronto no comprendió nada; mas insistiendo el presidente, pudo conocer algo á medias.

—¿Qué se dice de mí? esclamó.

Presidente.—La acusada, la viuda Papillon.

Idiota.—¿A donde está esa mujer?

Presidente.—A vuestra derecha: en ese banco.

El idiota dirigió la vista y nada distinguia; pero uno de la audiencia se acercó á la acusada y la mostró con el dedo: entonces dijo en alta voz: ¿Esta es Madama Papillon? Yo siempre la he tenido por un hombre.

Este último rasgo puso fin á los debates, y la mujer Papillon que habia estado presa varias veces por robo, fué condenada á cuatro años de prision.

LA SEÑORITA CHAMOUILLE.

Un Ugier, llamado á Luis Toucour.

A esta voz, se acercó un bípedo, de solo cuatro piés de altura, y se presentó en la barra, al mismo tiempo que una persona del sexo femenino, cuya latitud y longitud era el doble de la superficie de su compañero. La una era la que demandaba y el otro el demandado. La misma diferencia que se encontraba en la estatura de ambos, habia en su edad porque M. Toucour tenia veintidos años y la señorita Chamouille cuarenta y cinco.

Presidente.—Señorita Chamouille, esponed vuestra queja.

Almedorina Chamouille, con los ojos bajos y la voz tímida.—Dios mio, señor, yo no sé como esplicarme....hay cosas que una jóven, bien educada no se atreve á esplicar....

Presidente.—Pero es forzoso que nos imponga-mos de los agravios que os ha inferido Mr. Toucour.

Almedorina.—¡Ah! señor, mis agravios son de aquellos que pertenecen al sexo débil contra el sexo fuerte. He tenido la debilidad de dar oidos á las proposiciones lisonjeras de Mr. Luis y despues me ha traicionado....me ha abandonado y no lo habia vuelto á ver.

Presidente.—Pero señorita, este tribunal no es

competente para dedicarse á semejantes asuntos. Esta no es sala donde se ventilen amoríos.

Almedorina.—Pero, señor, no es precisamente el amor lo que reclamo del señor, son sortijas, un brazalete y un relox el que me ha tomado.

Presidente al acusado.—¿Por que os habeis apropiado objetos pertenecientes á otras personas?

Luis Toucour.—Porque ya eran mios.

Presidente.—¿De qué modo?

Luis Toucour.—La señorita me los regaló como precio de mis sentimientos de adhesion y veneracion por su persona.

Almedorina.—¡Miserable! os atreveis á hablar de vuestros sentimientos hácia mí; cuando os he sorprendido con una cualquiera que os ayuda á comer el precio de mis prendas!

Presidente.—¿Vos habeis dado esas prendas al acusado?

Almedorina.—Sí, señor: como este monstruo debia casarse conmigo, y mis locatarios no me pagaban pronto, le cedí esas halajas para que las empeñase y se vistiese decentemente.

Presidente.—¿Y las ha vendido?

Almedorina.—No, señor: las empeñó en el monte de piedad, y ha gastado el dinero con una miserable griseta.

Presidente.—Acusado: vos habeis hecho una indignidad atroz.

Luis Toucour.—Pero, señor, esta señorita, falta á la verdad, cuando se imagina que yo habia de casarme con ella.. .Nunca se ha tratado sériamente entre nosotros de una union legítima.

A estas negativas de Mr. Toucour, la señorita Chamouille presentó dos cartas escritas y figuradas por él, y en las cuales ofrecia formalmente casarse.

Entonces el tribunal juzgó conveniente dar á ese Lovelace una leccion de moral y probidad, condenándolo á seis meses de prision.

Almedorina, con una lágrima en los ojos.—¡Ah, Luis! si hubierais cumplido vuestras promesas, no os veríais en este conflicto.

Luis Toucour.—¡Bah! mejor quiero estar en la prision, que en vuestra casa y compañía.

Deseamos que este acontecimiento sirva de leccion á las mujeres de edad que quieren hacerse niñas.

QUINTO, CATORCE Y EL PUÑO.

Octavio Feuillet y Julian Perrot eran dos amigos que estudiaban juntos los efectos de la cola, y el pico y repico (1). Antes del suceso que los malquistó, se les designaba con el título de Castor y Polux, de Pílades y Orestes ó de cualquiera pareja de amigos que os agrade asemejarlos, ya sea de los griegos ó de un pueblo antiguo de la historia; porque se hubieran sacrificado mútuamente por complacerse, y por aquí se juzga cómo se amaban; pero por desgracia

".....Sobrevino una nada,
"Y mirad ya la guerra declarada."

Una noche que Feuillet y Perrot estaban de buen humor, tuvieron la deplorable idea de jugar á los cientos á una criatura adorable nombrada Zemira, y que solo pedia que uno de ellos fuese un Azor.

Semejante ocurrencia no era nueva; pero era seductora para el vencedor, porque á decir verdad, Zemira era linda.

La partida comenzó con chistes festivos y risas entre ambos campeones. Por desgracia Zemira asistió al debate, durante el cual, hacia tantos mimos á cada uno de ellos, que cualquiera hubiera dado muchas monedas de diez sueldos por conseguir la victoria.

Al fin sucedió que Julian hizo un juego colosal que terminó la partida.

—Quinto y catorce, gritó lleno de júbilo.

En este momento Zemira lanzó una mirada asesina á Octavio, y este jóven, desesperado de perder una prenda tan seductora, respondió á su amigo con un fuego de palabras mezclado con hechos.

—Y el *puño*.

Al mismo tiempo, le aplicó á la cara un puñetazo que le hizo saltar la sangre.

La cosa habria sido fatal si el dueño del café donde estaban, no hubiera intervenido en el lance, porque Julian tenia en el corazon el golpe que recibió en la nariz; y así es que el rencor ecsistia y guardó la venganza para el dia siguiente.

Así lo hizo elevando una queja contra su adversario, en un estilo y con mas conclusiones que hubieran honrado á un doctor en derecho.

Despues se convendrian Octavio y Julian, porque en la audiencia, el aporreado intercedió por su amigo, el cual, gracias á este desenlace, solo fué condenado á 15 francos de multa.

Pílades y Orestes salieron con los brazos enlazados en medio de los aplausos de muchos jóvenes que era fácil reconocer por cofrades del Prado. (Choza de invierno.)

LA MEJOR MUJER DEL MERCADO.

El dia 6 de Diciembre de 1848 (año en que los valientes designan como subsistente el 57 de la república una é indivisible), la señora Julia Ripon, fué, como de costumbre, á comprar sus provisiones á la plaza del mercado.

Madama Ripon tenia un capricho harto desgraciado: desconfiaba mucho de las vendedoras de la plaza; y cuando compraba manteca, carne y aves, nunca dejaba de reconocerlo todo y de esperimentar su frescura y calidad por medio de numerosas aspiraciones nasales.

En general y en particular, las vendedoras odian de muerte á las personas que sospechan de la bondad de sus efectos, y como las señoras del mercado

(1) Juego de los cientos.

de la plaza de los Inocentes no son de un gran puritanismo respecto á su lenguaje, resultan ciertos diálogos entre compradoras y vendedoras, que no son siempre agua de rosa, y ¡si se limitasen solo á palabras!.... pero esas señoras tienen de notable que la lengua y las manos hablan á un mismo tiempo, porque cuando la una injuria, las otras obran con rapidez. Por esta causa no es estraño ni raro, ver con frecuencia á esas respetables personas comparecer ante los juzgados correccionales, por quejas de pleitos, golpes, etc.

Por una falta semejante, vimos á Margarita Bouquet en la audiencia de la 8.ª sala, siendo la demandante la señora Ripon, mencionada arriba.

Un guardia de Paris, como testigo espuso:

—Me hallaba por mi turno en el mercado de los

Inocentes, cuando repentinamente oí gritos *desgreñados*, que retumbaban *en mi centro*. Acudí al teatro de la escena y ví á la mujer Bouquet, aquí presente, que tenia agarrada por los cabellos á una persona respetable de su secso, la cual estaba media postrada en el suelo y pedia socorro, revolcada sobre las especias y vendimias que tenia.

Despues de haber contemplado un momento *este* episodio *afrentoso*, y viendo que se aumentaba, detuve las manos de la sanguinaria Bouquet, y ayudé á la desdichada víctima á que se arreglase sus cabellos. Esto es todo lo que sé.

Presidente.—Mujer Bouquet, ¿qué respondeis á esto?

Margarita Bouquet.—Respondo que es muy horroroso para una mujer honrada como yo, el tener que decir en un banquillo donde solo los ladrones y ... Informaos en todo el mercado, y os dirán que Margarita Bouquet es la mejor mujer del cuartel.

El guardia.—Entonces, ¿cómo son las demas?

Presidente.—¿Por qué habeis estropeado á la señora Ripon?

Margarita.—Os he dicho que no hay mujer mas honrada en todo Paris que yo. Tengo mis deudas y las pago á su plazo; y mis hijos son de M. Bouquet. No pueden decir otro tanto las demas personas.

A estas palabras, Margarita dirigió la vista al auditorio que se reia á carcajadas. Repentinamente la vendedora se puso á llorar, y entre los sollozos se oyeron estas palabras.

—¡Veinte años de pudor y de vender sin trampas y verse uno ante la guillotina, como madama Lafarge, y otras matricidas!

Presidente.—Nadie ofende vuestra moralidad. Las noticias presentadas respecto á vuestra persona, justifican vuestra probidad y buenas costumbres; pero todo esto no borra la queja elevada contra vos. Véamos, pues; ¿por qué causa habeis maltratado á madama Ripon?

Margarita.—¿Por qué han de ir á sorberse las narices en mi manteca, como si yo vendiera puerco podrido?

La Ripon.—¿Pues qué, no ha de asegurarse uno de la calidad de los víveres que compra?

Margarita.—Esa no es una razon para venir á sumir las narices en mi manteca.

Presidente.—Por último, vos habeis estropeado á la señora Ripon, en términos que ha sido necesario la cure un facultativo.

Muchos testigos corroboraron la declaracion del guarda.

La acusada se limitó á alegar para su defensa, que se informaran en el cuartel, si no era la *mujer mas buena* del mercado.

A pesar de semejante apología, el tribunal condenó á Margarita á un mes de prision y 50 francos de multa.

LA MADRE BOUILLY.

Esa buena mujer que veis ahí, con un aire sereno, la mano en la cintura, delante de su puesto de venta de pescado, no juzgareis ciertamente que sea culpable de una demanda judicial que se le ha hecho.

Sin embargo, la madre Bouilly fué citada ante la 6.ª sala de haber ocultado un efecto robado, y esta acusacion era grave.

—¡Qué, direis, esa mujer tan respetable y tan amable ¿pertenece á una encubridora? es imposible.

Esta idea la hemos abrigado al ver á la madre Bouilly, y á pesar de los términos de la acusacion, hemos pensado lo mismo que vosotros; esto es, que no creemos que esa buena mujer sea culpable.

Y lo diremos de una vez, teniamos razon, porque segun espondremos, esa mujer se ha justificado plenamente.

—Un dia, dijo: me hallaba en mi puesto de pescado, cuando un muchachillo miserable me pidió un pedazo de pan, diciéndome que no comia hacia dos dias: se lo dí voluntariamente con otras cosas de comida. Cuando se repuso de su necesidad, me refirió que no tenia padres ni apoyo alguno, y que no sabia cuál seria su suerte cuando consumiese el precio de un medallon que me enseñó, y que iba á vender. Al mismo tiempo me preguntó si conocia algun joyero que quisiese comprarle aquella prenda. Yo lo mandé á casa de un vecino que vende alhajas, el cual le dijo que su medallon valia diez francos. El muchacho, volvió á decírmelo, y como me compadeció mucho, á efecto de hacerle un bien, tomé el medallon y le dí treinta francos. Pocos dias despues, tenia esa prenda colgada en mi pecho, cuando una señora acompañada de su marido, ecsaminó el medallon acercándose á mí, y me dijo que era suyo y se lo habian robado. Este es todo el asunto. Informaos de mi persona, y todo el mundo podrá deciros si yo soy alguna ladrona.

En efecto, un gran número de testigos depusieron honrosamente á favor de esa buena mujer, y ademas muchos pescadores vecinos de la madre Bouilly, confirmaron todos los hechos relacionados acerca del medallon.

En consecuencia el tribunal despidió á la madre Bouilly, la cual hizo una reverencia al tribunal, y se retiró dando las gracias al presidente, al ugier y á los gendarmes.

EL DERECHO DEL PADRE VICHEMARD.

El escribano del consejo llamó á Eustaquio Fadard, soldado cazador.

Fadard.—Presente, mis oficiales, y firme en mi puesto.

Presidente.—Estais acusado, señor Fadard, de haber enviado en vuestro lugar á la guardia á un *desconocido*.

Fadard.—¿A un desconocido?.... esto no es posible.... no puede ser. (Volviéndose al auditorio.) Padre Vichemard mostraos sin disfraz para que el consejo os descubra.

Un viejo con casquete de nutria avanzó fieramente á la barra del consejo.

—El relator.—Este señor ha puesto á toda la guardia en movimiento.... y se ha portado indecentemente.

El padre Vichemard.—¡Oh si pudiera decirse.... yo.... un soldado de Kleber.... que ha fumado una pipa sobre las pirámides: es una falsedad, mi teniente.

Un capitan miembro del consejo.—Sí, es verdad, yo lo conozco.... ha insultado á toda la guardia.

Presidente á Vichemard.—¿Quién sois vos?

Vichemard.—Yo soy portero. (*Risa general.*)

Fadard.—Ved aquí, como yo envié á mi portero en lugar mio. El padre Vichemard es un soldado viejo del ejército de Italia.

Vichemard.—Y muy duro para cocerse....qué!....

Fadard.—Hace veinte años que no maneja el fusil y su pierna izquierda está marcada del sable, antiguo modelo.... El otro dia me dió vuestra

amable invitacion.... de montar la guardia. (*Risas.*) Y yo creo que hubiera hecho tanto caso de ella como de la cuenta de mi sastre, porque me hallaba enfermo.—Mira, me dijo el padre Vichemard, ¿quieres hacer un convenio conmigo?

VICHEMARD con viveza.—Sí, en efecto, le dije que si queria hacer un trato conmigo.

FADARD.—Pues bien, me dijo: quiero probarme de uniforme: tu serás hoy portero y yo montaré la guardia por tí. (*Risa general.*)

EL RELATOR.—Este hombre ha hecho mil estravagancias en la guardia.

VICHEMARD.—Y que la guardia nacional se alínea á izquierda?.... yo sé bien mi teoría, tened entendido en que soy conscrito....

EL RELATOR.—Ha tirado al suelo todos los colchones luego que llegó á la guardia. (*Hilaridad.*)

VICHEMARD en tono burlon.—Los soldados de hoy dia ¿duermen sobre plumas? Oh! esto es muy peregrino.... que buena suerte.... es decir, que pueden hacer la guardia con sus mujeres sin temor de dañarse los riñones.... En cuanto á mí, me bastan para descansar cinco piés de tierra.... este es el lecho del militar.....

EL RELATOR.—Se ha burlado de todos.

VICHEMARD.—Menos de Tapin.... Oh! este si que ha servido.... este tiene su fusil en el brazo derecho—y se suena las narices bajo las armas....

RELATOR.—Vichemard, el consejo os previene que modereis vuestra crítica.... ¿Con qué derecho os mofais de la guardia nacional?

VICHEMARD.—¿Con qué derecho, mi oficial? (*desabotonándose el chaleco*). Este es el derecho que tengo (en este momento el viejo portero mostró á la vista del consejo una cruz de caballero de la legion de honor con la efigie del emperador).

El consejo, en sesion plena y sin deliberar, absolvió á Fadard de la demanda que hubo contra él.

VICHEMARD á Fadard.—En cuanto á vos, jovencito, sabed: que mientras yo estaba de guardia por vos, habeis roto el cordon de la campana y dejado entrar á dos acreedores y escapar á tres locatarios..... En lo de adelante no ha de haber mas cambios: nada de trocar empleos—cada uno en su destino..... y los ciudadanos estarán bien guardados. [*Risa prolongada.*]

LOS TERRORES DE UN SOLDADO CIUDADANO.

Se llamó á Mr. Arnoud ante el consejo de disciplina de la segunda legion. Un gran señor, seco y descolorido, se presentó muy grotescamente envuelto en un capote negro todo raído.

PRESIDENTE.—¿Sois vos Mr. Arnoud?

EL DEL CAPOTE NEGRO.—No, señor.

PRESIDENTE.—Entonces, ¿qué es lo que quereis?

EL DEL CAPOTE NEGRO.—Quiero representarlo, soy su abogado.

PRESIDENTE.—¿Por qué no viene él mismo en persona?

EL DEL CAPOTE NEGRO.—Porque tiene sus motivos.

PRESIDENTE.—¿Le conoceis vos?

EL DEL CAPOTE NEGRO.—Puede ser.

PRESIDENTE.—Declarad por él.

EL DEL CAPOTE NEGRO.—Mi comision no llega á tanto.

PRESIDENTE.—¿Está enfermo?

EL DEL CAPOTE NEGRO.—Lo ignoro.

PRESIDENTE.—¿Está ausente?

EL DEL CAPOTE NEGRO.—No sé.

PRESIDENTE.—Ah! vuestro cliente está muy mal representado (risas).

EL DEL CAPOTE NEGRO.—El primer deber de un defensor es la discrecion.

PRESIDENTE.—¿Cómo, pues, no podeis decirnos la causa por qué Mr. Arnoud no responde en persona á la cita que le hemos dado?

EL DEL CAPOTE NEGRO.—Verdaderamente yo podria decirlo.... es porque tiene miedo.

PRESIDENTE.—¿Miedo, de qué?

EL DEL CAPOTE NEGRO.—De ser preso.... ya ha sido antes condenado por el consejo á cuatro dias de prision, y teme que vosotros os aprovecheis de su presencia para volverlo á enjaular.

PRESIDENTE.—Id á buscar á vuestro cliente y decidle que nada tiene que temer.

EL DEL CAPOTE NEGRO.—¿Me dais vuestra palabra?

PRESIDENTE.—Id, pues.

EL DEL CAPOTE NEGRO.—No me tardaré mucho tiempo, á dos pasos de aquí me está esperando, y pronto estaremos aquí. (El del capote negro salió y al momento condujo á Mr. Arnoud).

PRESIDENTE, á Mr. Arnoud.—¿Por qué habeis faltado al servicio?

ARNOUD á su abogado.—¿No lo habeis dicho ya?

EL DEL CAPOTE NEGRO.—No.

ARNOUD.—Lo habeis hecho muy bien, ¿no os he pagado con ese objeto?

PRESIDENTE.—Hemos dispuesto oiros á vos mismo.

ARNOUD.—Ah! si es así, en hora buena.

PRESIDENTE.—¿Qué causa alegais para haber faltado al servicio.

ARNOUD.—Todo lo que se asemeja á un uniforme de guardia nacional marchita mi ecsistencia: siempre creo ver delante de mí, á un gendarme ó á un carcelero, y desde que se me puso preso, me rodea un terror por todo mi cuerpo.

PRESIDENTE.—¿Teneis temor de ser arrestado en el cuartel?

ARNOUD.—No sé, no sé: la ley es muy maliciosa: desconfio mucho de ella, ya lo veis: tengo tanto terror á la prision....

PRESIDENTE.—Así es que por temor de la prision os esponeis á que os condenen á ella nuevamente.

ARNOUD.—Escuchad: arreglémenos: concededme la dispensa de los cuatro dias de calabozo; entonces volveré á mi tranquilidad habitual y haré dos guardias por año, ¿convenís en esto ó no.

PRESIDENTE.—El consejo no puede acceder á semejantes proposiciones.

ARNOUD muy conmovido.—¿Rechazais mi oferta y esto quiere decir que me haceis arrestar?

PRESIDENTE.—No tengais temor, se os prenderá en vuestra casa.

ARNOUD.—Nunca estoy en ella (risas).

PRESIDENTE.—¿Es eso todo lo que teníais que decir en vuestra defensa?

ARNOUD.—Pese á tal, si mi abogado está allí hecho un zoquete sin hablar nada.

EL DEL CAPOTE NEGRO.—¿Y qué quereis que diga?

ARNOUD.—¿Y yo que sé? pero es preciso hablar siempre, esa es vuestra obligacion, y para eso os he pagado.

Arnoud fué condenado á 24 horas de prision.

ARNOUD.—Aun dos dias mas: dos y cuatro son seis, bueno: yo cuidaré de ocultarme mas y mas, si cuando salga de la prision no me atrapais en aquel acto.... (á su abogado) sois un bruto.

LA LAVANDERA LAVADA.

Nadie puede prever el porvenir, y á pesar de todas las apariencias contrarias, casi estamos convencidos, de que llegará el dia en que los gatos protejan á los ratones; en que las mujeres adoren á sus maridos; en que los hombres políticos no tengan otro objeto que la felicidad pública; y en fin, en que las actrices sean citadas como modelos de desinteres y castidad. Porque si á primera vista parecen imposibles estas mejoras, recuérdese que la Francia es república y que Mr. Odilon Barrot es su profeta. Así es, que con estos ejemplares, ¿qué maravilla no será realizable? Por consiguiente todo lo creemos posible; todo!.... menos la fraternidad entre un locatario y un portero.

El portero ha sido creado para que paguen sus pecados los locatarios, y así es que estos son enemigos naturales de los porteros. Hay entre estas dos clases, una antipatía perpetua que acabará con el mundo. Si quedan en la tierra un locatario y un portero, sucederá entre ellos lo que con aquel famoso par de ratas: se devorarán mútuamente con tal encarnizamiento que al cabo de tiempo solo se encontrará la.... pata de uno de los adversarios.

Para convencerse de esta verdad, basta hacer el recitado de la querella que tuvo lugar en la sétima sala correccional, entre Adela Delorme y Mr. Grispoil, portero.

El suceso fué el siguiente:

En los primeros dias del mes de Diciembre, Adela habia bajado al patio de la casa en que vivia, con un lebrillo lleno de ropa blanca, la cual la enjuagaba con la gracia y suavidad que lo hacian en otro tiempo Rebeca y las demas princesas judías; pero aquí los destinos eran muy diferentes, vosotros sabreis ya la historia de aquella Juana lavandera, y á la que un elegante caballero enamorado de su canasta sobre la cadera y de su desnudo brazo al aire, decia:

"O graciosa lavandera; si quieres ser castellana, aun poseo tres aldeas y un castillo circundado de su foso."

Si era agradable oir esa invitacion, no hay duda, que si se hubiera dirigido á Adela no diremos que la hubiese aceptado, Dios nos libre de sospechar de su virtud; pero á lo menos hubiera dado las gracias con una sonrisa que descubriese sus dientes blancos, y una mirada seductora con sus hermosos ojos negros.

Pero por desgracia no llegaron á sus oidos espresiones tan galantes, y sí la voz ruda y prosaica del ciudadano Grispoil el portero, que desde arriba del quinto piso le gritaba:

—¡Ola, la de abajo, no se lava la ropa en la bomba!

A tan brutal interpelacion, solo respondió Adela con una mirada irónica y fija; pero como el portero repitió la reclamacion, la jóven le respondió con una voz dulce:

—Mr. Grispoil, hacedme el favor de ir á Issy y ver si estoy allí.

Esta broma enardeció al conserge, quien con la escoba le arrojó la basura á la ropa que lavaba Adela, y como ésta le echase en cara con dureza accion tan grosera, el portero levantó su cetro para